

## Comunicado final EM 23

En esta vigésima edición de EM hemos verificado una vez más que existe una amistad capaz de generar convivencia, de tejer historia. La amistad entre los que hacemos EM desde hace veinte años, sostenida por la pertenencia a Cristo en su Iglesia, y la amistad con tantos, llegados de las más diversas procedencias culturales, con los que hemos podido hacer un tramo de camino. En medio de una gran turbulencia social y política en España, con guerras crueles en el mundo, con una soledad rampante en nuestras ciudades y una creciente ceguera respecto al significado de la vida humana, nos hemos preguntado qué significa esta amistad, qué aporta a nuestra propia vida y al mundo.

La planificación estratégica para cambiar las cosas tiene su valor, como ha dicho el obispo Erik Varden, pero el verdadero cambio acontece a partir de una vida plena que se comparte, como sucedió en la gran historia benedictina en Europa. El obispo de Trondheim nos ha invitado a reconocer este tiempo histórico como una oportunidad de gracia, de resurrección, a atrevernos a ofrecer con sencillez al mundo la riqueza de vida que se nos ha dado. La exposición dedicada a Takashi Nagai, médico japonés converso al catolicismo, que tras la explosión de la bomba atómica en Nagasaki fue testigo “de lo que no muere”, nos ha mostrado que ninguna circunstancia puede impedir comunicar la verdad y la consistencia última de lo humano.

Hemos podido reconocer que la amistad es una categoría fundamental de la existencia humana en todas sus dimensiones, y así lo han mostrado muchos de nuestros invitados: en la vocación matrimonial y en la familia, en la actividad económica y empresarial, en la creación artística, en el compromiso social e incluso, aunque ahora parezca imposible, en la política. Nuestra propia experiencia nos permite reconocer, frente a la dialéctica de los contrarios, siempre destructiva, el bien de la ciudad común y el bien que el otro es, con toda la fatiga y los sacrificios que implica. Un bien que requiere el testimonio de la verdad encontrada, que no teme medirse con la experiencia de quienes son diferentes; que ama y custodia la libertad de todos, y que impulsa a trabajar con otros.

En EM somos conscientes de la desazón que provoca hoy en nuestro país una política que no respeta a las instituciones, que retuerce las leyes que nos hemos dado y que juega a la fractura social. Todo ello es la antítesis de la “amistad cívica” a la que nos hemos referido y que hemos visto encarnada en tantos hechos del presente y de nuestra reciente historia, en especial el gran pacto de la Transición. La propia realización del EM es una respuesta a esta crisis en su raíz, que es cultural, moral y espiritual antes que política, como ha señalado el arzobispo de Valladolid, Luis Argüello, que señalaba la pista de generar una “caridad política”.

La comunión eclesial es una amistad singular que se funda en el reconocimiento de Cristo presente, una amistad cuya vocación es estar en medio de la plaza pública con las puertas abiertas, generando iniciativas y obras que sirven a todos, y que puede ayudar decisivamente a generar una sólida amistad civil, que es también el sustento de la nación a la que pertenecemos. Una vez más, este ha sido un lugar donde hemos podido conocerlas y valorarlas. Concluimos esta edición llenos de gratitud porque tras los años de la pandemia y sus consecuencias hemos podido retomar la fisonomía original de un gran espacio abierto en el que vive un pueblo que habla y escucha, que canta y trabaja, que es consciente de portar la única esperanza que no defrauda.